



La religión



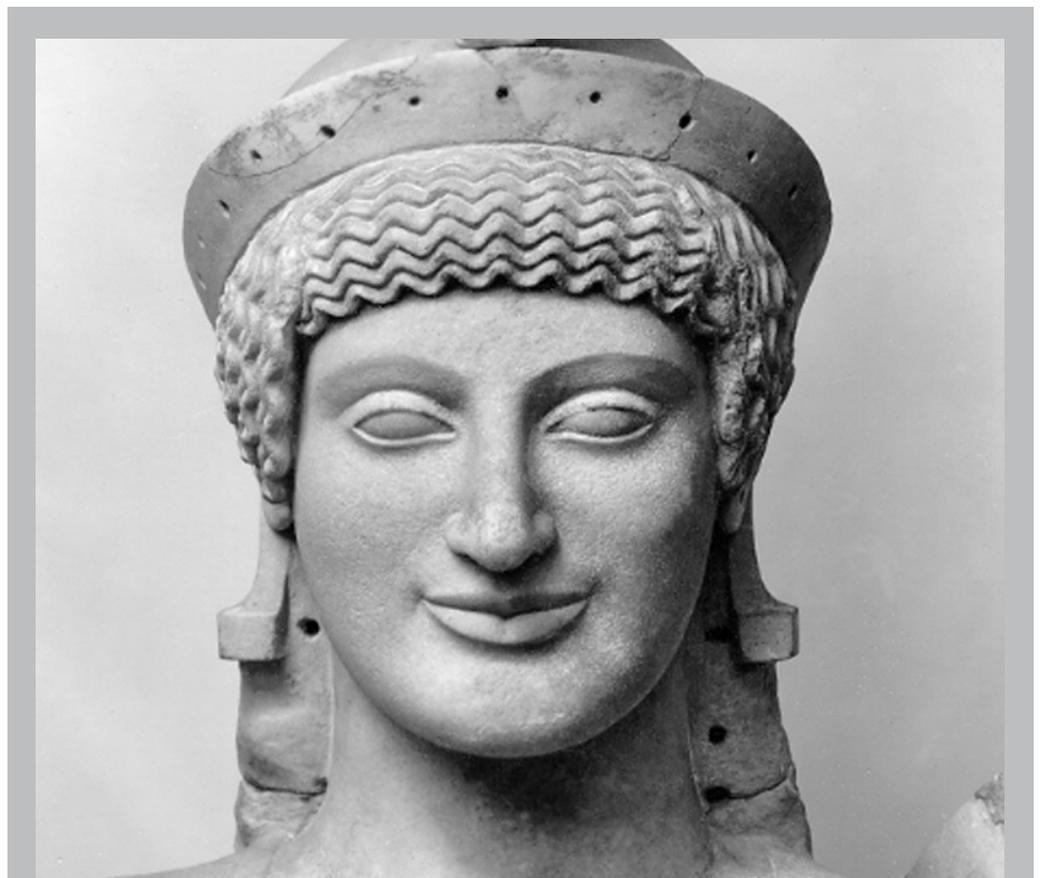
Cada uno a su modo, Homero y Hesíodo quisieron sujetar a la disciplina de un esquema lógico la exuberancia de creencias religiosas. Tal supresión del misterio condujo a una cierta ruptura entre la creencia popular y el cuadro dispuesto por los poetas. La existencia de los griegos se hallaba profundamente impregnada de religiosidad: las divinidades protegían su casa, sus actividades profesionales, a su familia y a los grupos sociales y/o políticos de que formase parte. Por ello, cualquier negligencia en el cumplimiento de los ritos recaía sobre él y su grupo. Sin embargo, una vez observados escrupulosamente sus deberes religiosos, le era lícito atender más particularmente a una divinidad o doctrina.

La religión de la Antigua Grecia no es un asunto de creencia privada sino que es, ante todo, un asunto público que concierne a la comunidad, de donde surgen sus importantes implicaciones con la vida política.



Así, no existía ninguna sensación de incompatibilidad sino que, más aún, un autor, un responsable del culto o una Ciudad podían introducir modificaciones en la leyenda e, incluso, en las modalidades del culto, ya que ninguna revelación ni libro sagrado imponían el dogma. Es más, el antropomorfismo de las divinidades las hacía especialmente aptas para soportar estas adaptaciones. Los mitos dan cuenta entonces de estos enriquecimientos, donde dioses y héroes responden a las necesidades de los hombres al encarnar las fuerzas de la naturaleza y presidiendo y cooperando en todos los actos decisivos de la existencia del individuo o de la comunidad. De hecho, enseñan a los hombres las técnicas militares o productivas necesarias y les proporcionan la eficacia que garantiza el éxito.

Así las cosas, la religión de la Antigua Grecia no es un asunto de creencia privada sino que es, ante todo, un asunto público que concierne a la comunidad, de donde surgen sus importantes implicaciones con la vida política. De hecho, no se relega a ciertas esferas de la vida cotidiana, aunque puede concernir a todos sus aspectos. Así, los griegos no establecían verdaderamente diferencia entre el dominio religioso y el profano: cada momento de la vida podía estar acompasado por un rito más o menos formal, una oración, una práctica religiosa. Es por esta razón que el arte griego es de naturaleza religiosa.



Arte griego religioso, Templo de Afea en Aegina.



Homero.

Las principales formas rituales se fijaron en los poemas homéricos. El canto I, versos 446-474, de la *Iliada*, por ejemplo, nos muestra la restitución de Briseida, cautiva, hija de un sacerdote de Apolo llamado Crises, al que le sigue el sacrificio al dios para alejar su maldición:

Tras hablar así, la puso en sus manos, y él acogió alegre a su hija. Con ligereza la sacra hecatombe en honor del dios colocaron seguidamente, en torno del bien edificado altar y se lavaron las manos y cogieron los granos de cebada majada.

Crises, oró en alta voz, con los brazos extendidos a lo alto:

«¡Óyeme, oh tú, el de argénteo arco, que proteges Crisa y la muy divina Cila, y sobre Ténedos imperas con tu fuerza. Ya una vez antes escuchaste mi plegaria, y a mí me honraste e infligiste un grave castigo a la hueste de los aqueos.

También ahora cúmpleme este otro deseo:

aparta ya de los dánaos el ignominioso estrago!»

Así habló en su plegaria, y le escuchó Febo Apolo.

Tras elevar la súplica y espolvorear granos de cebada majada, primero echaron atrás las testudes, las degollaron y desollaron; despiezaron los muslos y los cubrieron con grasa formando una doble capa y encima pusieron trozos de carne cruda.

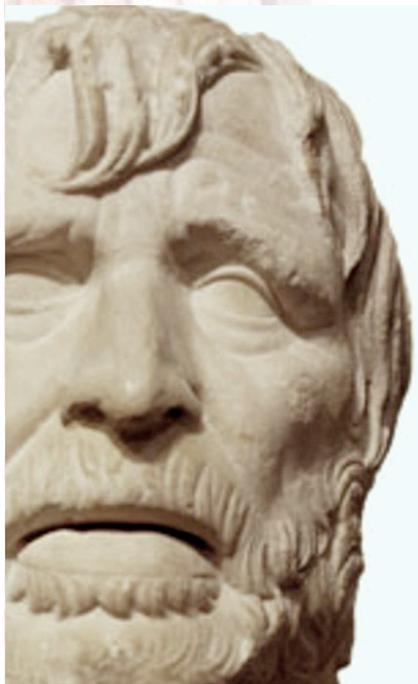
El anciano los asaba sobre unos leños, mientras rutilante vino vertía; al lado unos jóvenes asían asadores de cinco puntas.

Tras consumirse ambos muslos al fuego y catar las vísceras, trincharon el resto y lo ensartaron en brochetas, lo asaron cuidadosamente y retiraron todo el fuego.

Una vez terminada la faena y dispuesto el banquete, participaron del festín, y nadie careció de equitativa porción.

Después de saciar el apetito de bebida y de comida, los muchachos colmaron cráteras de bebida, que repartieron entre todos tras ofrendar las primicias en copas.

Todo el día estuvieron propiciando al dios con cantos y danzas los muchachos de los aqueos, entonando un peán en el que celebraban al Protector; y éste se recreaba la mente al oírlo.



Hesíodo.

El sacrificio aquí descrito es una hecatombe, lo que se entiende metafóricamente como un sacrificio de gran envergadura. Allí aparecen varios elementos culturales tales como las abluciones de purificación ritual, plegaria, libación, sacrificio de bienes aptos para consumo y comida colectiva con sus restos. Todo sucede al aire libre, en torno a un simple altar. El sacerdote desempeña un papel importante, aunque no es el único. Su función no es la de un delegado, sino la de un técnico. Sin embargo, todo el ejército participa en el sacrificio, y todos toman parte en el banquete que le pone fin.

De esta manera, la actuación colectiva es una de las características de la expresión cultural. Homero mismo describe las etapas:

1. Purificación mediante el lavado de manos;
2. Oración en la cual el oficiante recuerda lo que el dios ha realizado ya para él;
3. Ofrenda de granos de cebada majada y no molida;
4. Comienzo del sacrificio propiamente dicho, donde la cabeza del animal debe estar vuelta hacia el cielo para que la sangre suba hacia los dioses olímpicos, y que continúa con un recorte muy preciso de la piel, del cual no conocemos todos los detalles, a fin de separar lo que se va a consumir de lo que corresponde a los dioses. Enseguida se distribuye lo que corresponde a los dioses (la grasa y los huesos de los muslos) y lo que corresponde a los hombres, carne y entrañas;
5. Comienza del banquete;
6. Tras haber comido, los convivios beben juntos, sin haber olvidado las libaciones: es el "symposium".

Los sacrificios constituyen la forma de culto más técnica. De esta manera, el sacrificio más característico es el sacrificio del animal. Puede ser de tipo uránico, dedicado a las divinidades del cielo, con la sangre del animal orientada al cielo y con sus despojos ingeridos con alegría, aun a pesar de las circunstancias graves. El culto ctónico, en cambio, dedicado a las divinidades subterráneas de la Tierra, se practica por encima de una fosa por la que la sangre fluye directamente a tierra. Las carnes se queman por completo en holocausto, en tradición de carácter mediterráneo. Así, sabemos que ambos rituales podían usarse para un mismo dios según las circunstancias. Por

ejemplo, los ritos ctónicos, dirigidos a las divinidades inferiores, acompañaban a ciertos sacrificios expiatorios y, a menudo, a los juramentos, a los sacrificios del mar y a los ríos y a los héroes muertos. De cualquier manera, el sentido del sacrificio siguió siendo el de una ofrenda más que el de una expiación o un contrato; un testimonio de agradecimiento y respeto que no pedía de los dioses sino buena disposición y no respuesta automática a un ritual minucioso. Por lo demás, nos choca la gran variedad de estos ritos en sus detalles, dependiendo exclusivamente de usos locales. Dejaban, también, lugar a la iniciativa individual, que se manifestaba mediante ofrendas.

Banquete griego.



Granos de cebada.

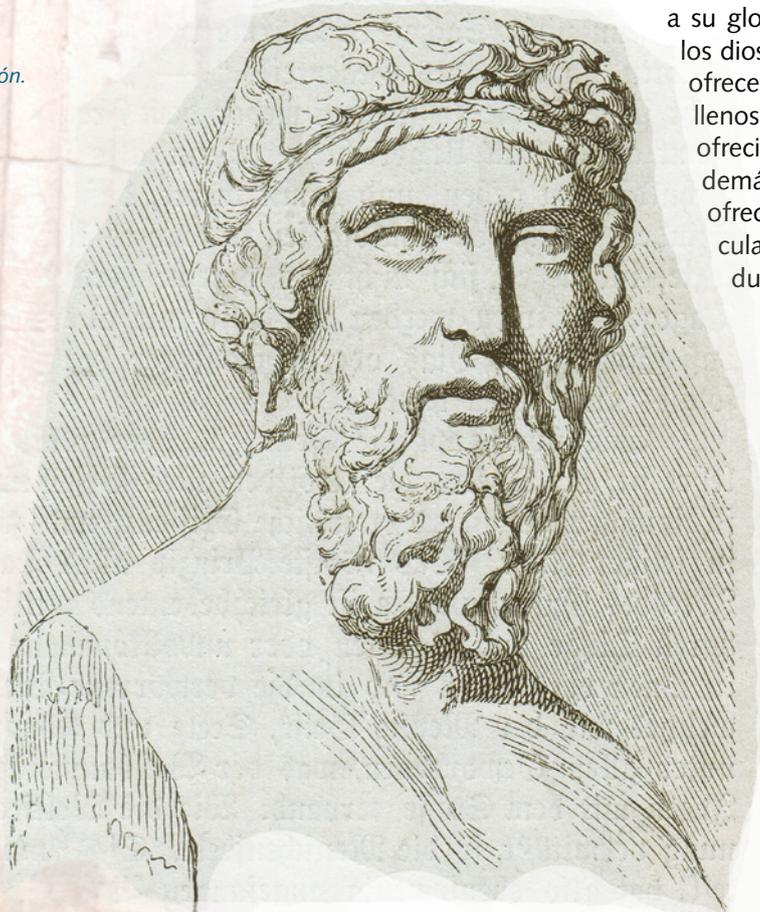


Purificación mediante el lavado de manos. Derecha: Ruinas de Delfos.

Estas ofrendas comúnmente eran sencillas, tal como se encontraban en los cultos populares, de carácter a menudo mágico, con pequeñas estatuillas de arcilla; o también eran suntuosas, tal como las que llevaban a la práctica ricos particulares o Ciudades. Entonces aparece una característica nueva: la ostentación. Lo importante ya no es la divinidad, sino la admiración de los espectadores. Así, los santuarios se cubren con estatuas de mármol de jóvenes de ambos sexos, y los templos se llenan de objetos de bronce y de metal precioso que forman sus primeros tesoros. Probablemente con el fin de reunir las ofrendas de sus naturales, las Ciudades construyen, en Delfos y Olimpia, esos templos en

miniatura llamados "tesoros". Por ello, edifican estos monumentos a su gloria y a la derrota de sus adversarios, como homenaje a los dioses protectores de la victoria. Es más, la ciudad de Delfos ofrece numerosos testimonios, ya que allí se alinean los tesoros llenos de objetos conmemorando la victoria (estatuas, pinturas) ofrecidos por las ciudades, a lo largo de la vía sagrada. Por lo demás, muchas veces las ciudades rivalizaban entre ellas para ofrecer el tesoro más lujoso. Entonces el hombre griego vincula enseguida a sus dioses con su universo particular, individual, familiar o político.

Platón.



Es por ello que, tal como mencionamos anteriormente, y al contrario que hoy, el hombre griego no tiene una frontera neta entre las nociones de profano y sagrado. Es verdad que la exigencia de pureza ritual recuerda que debe comparecerse sin mácula ante los dioses, pero no se trata tanto de estar puro sino de deshacerse de mancillas accidentales, por lo que los ritos requeridos son sencillos. En un asesinato, por ejemplo, la mácula está en la presencia física de la sangre y no en la intención homicida. De hecho, la isla de Delos se purificaba regularmente para que el santuario del dios no quedase mancillado ni por la presencia de las parturientas ni por la de los muertos, por lo que unos y otros eran relegados a la cercana isla de Renea.

La función sacerdotal solía ser electiva y temporal, frecuentemente a cargo de los magistrados de la Ciudad. Sin más, a veces la tradición imponía a tal familia para tal culto, aunque ello nunca engendró una casta sacerdotal como la egipcia.



Con todo, podemos establecer así que en las religiones antiguas hay muchas prescripciones de esta clase, aunque cabe destacar que los griegos no pusieron en sus cultos ni el ritualismo temeroso de los mesopotámicos ni el puntilloso juridicismo de los romanos, lo que no excluyó la persistencia de una profunda superstición de la que Platón se lamentaba. Generalmente, el culto era tributado por un grupo particular: el ejército, tal como vemos en la Iliada, las mujeres en algunos cultos de Démeter, los jóvenes, en ocasiones y, a menudo, toda la Ciudad. Las formas varían, pero la participación es colectiva y se expresa en la procesión que precede al sacrificio y en el banquete con que culmina. Así, su expresión más elaborada son los juegos y las competiciones. A partir de ahí se entiende que no haya distinción absoluta entre sacerdotes y laicos. Por entonces la función sacerdotal solía ser electiva y temporal, frecuentemente a cargo de los magistrados de la Ciudad. Sin más, a veces la tradición imponía a tal familia para tal culto, aunque ello nunca engendró una casta sacerdotal como la egipcia. Luego, la Ciudad integró a sus sacerdotes y únicamente ciertas funciones oculares y algunos grandes santuarios desarrollaron una profesionalización sacerdotal.

Ahora bien, no hay acto religioso sin un espacio propiamente definido. Puede ser el cielo al que se invoca, la tierra a la que se golpea, la fuente en la que se ha de beber, el árbol al que se refiere una leyenda o la encrucijada junto a la cual se apila un montón de piedras. Por ello, a medida que se fortalecieron las ciudades, el espacio profano y el sacro tendieron a precisarse. Así, en las ciudades coloniales quedaba reservado el emplazamiento de los templos mientras que en época clásica se tendía a delimitar los santuarios y a señalar con alguna construcción los lugares de culto agrestes. El culto, de hecho, no requería templo. Lo que pertenecía al dios era el territorio sacro a delimitarse, puesto que era su propiedad en el sentido jurídico del término. En ciertos casos podía cultivarse una parte y las rentas servían para el mantenimiento del conjunto. El templo en sí es, propiamente, una ofrenda, casi siempre de la Ciudad y, a veces, de varias o de simples particulares.

La tradición inaugurada por Homero y, sobre todo, por Hesíodo en su Teogonía, acabó por delimitar doce dioses olímpicos, emanados todos de la pareja fundamental Cronos-Rea, en dos generaciones.

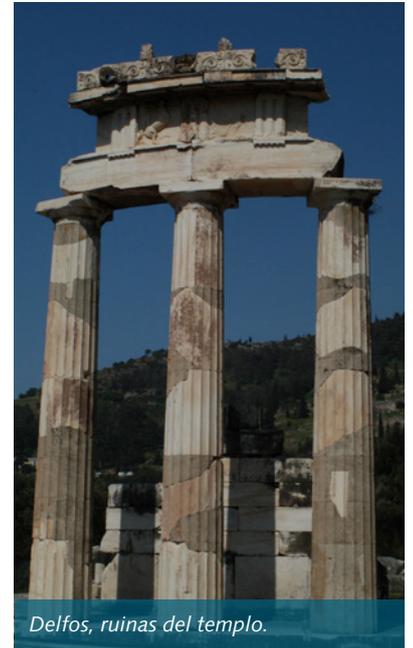
El éxito del templo favoreció el desarrollo de la escultura monumental, todo ello respetando el bien definido marco de estos espacios. Así, la escultura estableció, ante los ojos de todos, el aspecto antropomórfico de los dioses y de sus mitos. Tanto como Homero y Hesíodo los templos sirvieron como memoria colectiva, por lo que la expresión artística de los griegos fue, ante todo, religiosa. De esta manera, sobre todo en época arcaica, las cerámicas y la escultura evocaron una multitud de mitos a través de imágenes muy sencillas. No obstante, el artista conservó una gran libertad. Por ello, el arte refleja la amplísima flexibilidad que se aprecia en los cultos.

Los dioses

La tradición inaugurada por Homero y, sobre todo, por Hesíodo en su Teogonía, acabó por delimitar doce dioses olímpicos, emanados todos de la pareja fundamental Cronos-Rea, en dos generaciones. La veneración popular añadió luego, entre

otros, a Asclepio (Esculapio para los romanos), el héroe médico divinizado, y a Dioniso, dios del vino, inspirador de la locura ritual y el éxtasis, inasimilable al panteón.

Estos grandes dioses son conocidos por todos los griegos y su poder conjunto se impone sobre todas las fuerzas de la naturaleza y actividades fundamentales de los humanos. Sin embargo, esta aparente simplicidad desaparece en cuanto se estudia a una divinidad a través de sus lugares de culto, sus representaciones y sus mitos. Un ejemplo concreto lo representa Artemisa, la virgen cazadora, una de las deidades más ampliamente veneradas y una de las más antiguas. Señora de los animales salvajes, protege a los cazadores, haciendo que sean frecuentes en sus representaciones las alusiones a la caza; reina de las ninfas, frecuente las aguas corrientes; en Braurón (en el Ática) es diosa de las vírgenes jóvenes que se acercan a la edad núbil, y de las que van a casarse en Limnatis (en Laconia); en Éfeso es la divinidad de la fecundidad, dotada de numerosas hileras de pechos turgentes; independiente de todo poder masculino, preside los duros ritos de tránsito por la que pasan las jóvenes espartanas ante su altar. Tal multiplicidad de funciones se da con casi todas las divinidades importantes, de modo que puede verse en ella el resultado de la absorción de las pequeñas divinidades locales e, incluso, de héroes y fuerzas divinizadas. De ello nacieron muchos mitos destinados a explicar este polimorfismo y la variedad de los cultos, además de aseverar la semejanza de una buena parte de las funciones de algunas divinidades pues, en el lugar en que se impone una de ellas, ha de dar satisfacción a las necesidades fundamentales de los habitantes.



Delfos, ruinas del templo.



Dioniso, dios griego del vino.



Ilustración de Zeus, rey de los dioses.

Así las cosas, la iconografía, las fuentes literarias y los estudios comparativos permiten establecer Los doce dioses y diosas que figuran con más frecuencia:

☛ Zeus: Rey de los dioses y gobernante del monte Olimpo; dios del cielo y de los fenómenos atmosféricos. Hijo menor de los titanes Crono y Rea. Soberano y padre. Protector de la casa y los bienes de los grupos humanos. Protector de los suplicantes y de los huéspedes. Fuente de vida y de fertilidad. Sus símbolos incluyen el rayo, el águila, el roble, el cetro y la balanza. Hermano y marido de Hera, tuvo muchos amantes.

☛ Hera: Reina de los dioses y diosa del matrimonio y la familia, es protectora de los matrimonios legítimos y de toda la vida femenina. Patrona de los partos, además protegía los palacios y los principales lugares ciudadanos. Sus símbolos incluyen el pavo real, la granada, la corona, las flores, la luna, el león y la vaca. Hija menor de Crono y Rea y esposa y hermana de Zeus, siendo la diosa del matrimonio con frecuencia trata de vengarse de las amantes de Zeus y sus hijos.

☛ Poseidón: Dios de los mares, sobre todo de los embravecidos; protector de marinos y pescadores. Quebrantador de la tierra y de las aguas corrientes. Amo de las profundidades misteriosas, domador de las aguas, entre sus símbolos se incluyen el caballo, el toro, el delfín y el tridente. Medio hijo de Crono y Rea. Hermano de Zeus y Hades. Casado con la nereida Anfítrite, al igual que la mayor parte de los dioses masculinos griegos, tuvo muchos amantes.

☛ Apolo: Dios de la luz, el conocimiento, la música, la poesía y la profecía. Arquero sembrador de la muerte brutal y la peste. Protector y sanador. Purificador, ya que detiene la venganza, introduce la moral y la medida. Legislador y protector de los hombres. Señor de los animales, protector de los rebaños, destructor de los animales dañinos. Sus símbolos incluyen el sol, la lira, el arco y la flecha, el cuervo, el delfín, el lobo, el cisne, el laurel y el ratón. Hermano gemelo de Artemisa. Hijo menor de Zeus y Leto.



Poseidón, Apolo y Hera.

Atenea, hija de Zeus y de la oceánide Metis, surge de la cabeza de su padre ya totalmente adulta y con armadura de combate completa después de que este se hubiera tragado a su madre.



 Artemisa: Diosa virgen de la caza, la virginidad, los árboles, la vegetación y las fuentes y cursos de agua. Protectora de la naturaleza silvestre y los animales sobre cuya progenitura vela. Independiente frente a todo constreñimiento masculino, protege la vida femenina, prepara para el matrimonio, y vela en los nacimientos y por el crecimiento de los niños. Sus símbolos incluyen la luna, el ciervo, el perro de caza, la osa, la serpiente, el ciprés y el arco y la flecha. Hermana gemela de Apolo. Hija mayor de Zeus y Leto. A menudo es representada con muchos pechos.



Diosa Artemisa.

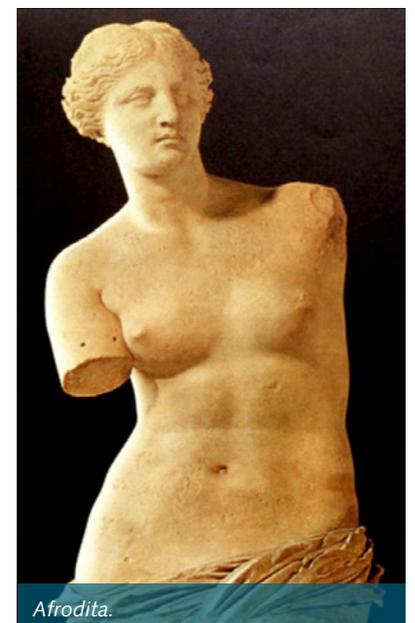


Atenea.

 Atenea: Virgen diosa de la sabiduría, la artesanía, la defensa y la guerra estratégica. Guardiania del palacio fortaleza, del hábitat, de los niños y adolescentes, y de la salud. Protectora de los trabajos confeccionados en casa, como los textiles, la orfebrería y la cerámica. Protectora de las cosechas, sobre todo del olivo. Sus símbolos incluyen el búho, el olivo, la lanza y la serpiente. Hija de Zeus y de la oceánide Metis, surge de la cabeza de su padre ya totalmente adulta y con armadura de combate completa después de que este se hubiera tragado a su madre.

 Afrodita: Diosa del amor, la belleza y el deseo. Protectora de la fecundidad, de la unión y de la procreación, está asociada a la fertilidad terrestre. Sus símbolos incluyen la paloma, el pájaro, la manzana, la abeja, el cisne, el mirto y la rosa. Hija de Zeus y de la oceánide Dione, o tal vez nacida de la espuma del mar después de que la sangre de Urano goteara sobre la tierra y el mar tras ser derrotado por su hijo menor Crono. Casada con Hefesto, tuvo muchas relaciones adúlteras, en especial con Ares.

 Ares: Dios de la guerra, la violencia y el derramamiento de sangre, es más bien la personificación de la fuerza bruta, así como del tumulto, la confusión y los horrores de las batallas. Sus símbolos incluyen el jabalí, la serpiente, el perro, el buitres, la lanza y el escudo.



Afrodita.

Se lo representa como hijo de Zeus y Hera, aunque existe una tradición posterior según la cual Hera lo concibió al tocar una determinada flor, en lo que parece ser una imitación de la leyenda sobre el nacimiento de Hefesto, luego recogida por Ovidio. Los romanos lo identificaron con Marte, dios de la guerra y la agricultura.

 **Hefesto:** Dios del fuego y la forja, así como de los herreros, los artesanos, los escultores, los metales y la metalurgia, era adorado en todos los centros industriales y manufactureros de Grecia, especialmente en Atenas. Sus símbolos incluyen el fuego, el yunque, el hacha, el burro, el martillo, las tenazas y la codorniz. Se dice que, al nacer, su madre Hera lo vio tan feo que lo arrojó del Olimpo. Estaba formalmente emparejado con Afrodita, a quien nadie podía poseer.



Hefesto.

 **Hermes:** Mensajero de los dioses, dios de los viajeros y comerciantes y del ágora mercantil. Protector de los límites y, por lo tanto, de la propiedad y de los rebaños. Dios de la elocuencia y del discurso racional, protector de la palestra y de la astucia de los ladrones y los mentirosos. Conductor de las almas de los difuntos. Sus símbolos incluyen el caduceo, que era una vara entrelazada con dos serpientes, las sandalias y el casco alados, la cigüeña y la tortuga, de cuyo caparazón usó para inventar la lira. Hijo de Zeus y la ninfa Maia. Se casó con la ninfa Dríope, y su hijo Pan se convirtió en el dios de la naturaleza, el señor de los sátiros, el inventor de la flauta y el compañero de Dioniso.

 **Deméter:** Diosa de la fertilidad, la agricultura, la naturaleza y las estaciones del año, engendra la vida civilizada e inicia a los humanos en los misterios de la fecundación, de la renovación de la vida y del más allá. Sus símbolos incluyen la amapola, la espiga de trigo, la antorcha y el cerdo. Cuando se le dio a Deméter una genealogía, se dijo que era hija de Cronos y Rea y, por lo tanto, hermana mayor de Zeus. Se la solía retratar subida a un carro, y asociada con frecuencia a imágenes de la cosecha.

 **Hades:** Dueño de la riqueza de las profundidades terrestres, considerado el dios del inframundo, era hijo de Cronos y Rea. Rey y carcelero de los muertos, a pesar de las connotaciones de la muerte como algo malo, Hades tenía en realidad un carácter más altruista. A menudo se lo retrataba más como pasivo que como malvado, ya que su papel era mantener un relativo equilibrio. Sus símbolos incluyen el cuerno de la abundancia aunque rara vez es representado en el arte clásico.



Hermes, Demeter y Hades.



Culto diario

El estudio de los ritos evidencia la frecuencia del gesto popular de la ofrenda o la invocación a la divinidad. Por ejemplo, el campesino estaba en relaciones permanentes con las fuerzas divinas. A lo largo de su jornada, pasaba cerca de un montón de piedras, el cual se denominaba herma, usado para marcar los caminos y delimitar fronteras y propiedades, que se remataban con un pilar fálico. Luego, llega a una fuente o a una corriente a la que se consideraba estaba poblada de ninfas, para después poder trabajar su tierra y podar sus árboles, cuyos frutos invoca la protección de Deméter, de Dioniso o de Hades.

Su misma morada está habitada por su agathos daimon o buen genio, cuya presencia estaba representada por una serpiente a la que, en cada comida, se hace una libación de vino puro. Además, su refugio se halla encomendado a la protección de Zeus, que vela por la supervivencia material de sus habitantes. Por su parte, Hestia, a quien se honra a diario, encarna el

lar doméstico, en el cual el orante se torna sacro y en donde se celebran los cultos familiares en compañía, incluso, de los esclavos. Así, en él se lleva a cabo la integración en la familia de cualquier nuevo miembro: el nuevo esclavo es sentado allí para que se le viertan encima higos secos, nueces y simientes en señal de bienvenida y como voto de prosperidad; la recién casada da vuelta en su torno mientras recibe iguales prendas de prosperidad y come un pastel nupcial realizado con sésamo y miel, acompañándolo con un membrillo o un dátil; mientras que el recién nacido resulta reconocido y admitido cuando su padre, en las fiestas Anfidromias que celebraban los nacimientos, corre alrededor del hogar llevando al niño.

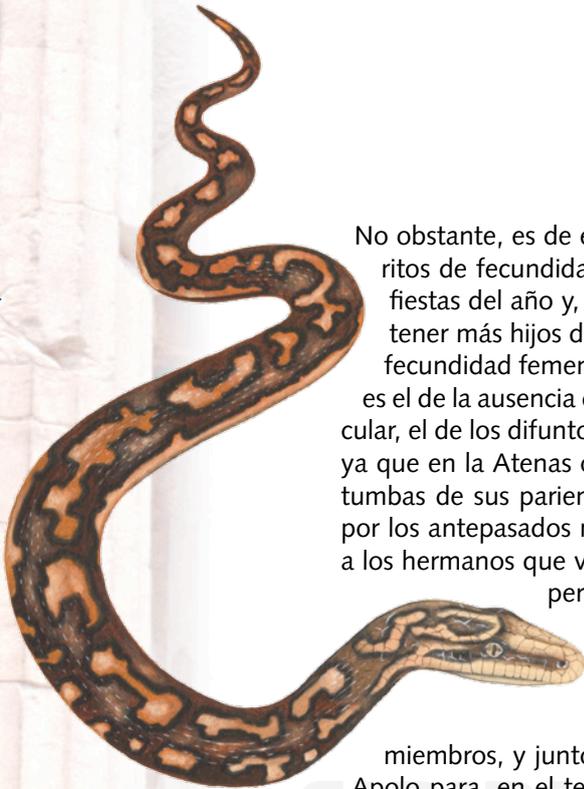
En la puerta vela un Apolo o un Hermes, pudiendo en algunos casos ser reemplazados por una Hécate que, a un tiempo, es quien purifica a la familia tras un nacimiento o una muerte, quien vela por el crecimiento de los niños y asiste a los muertos. De esta manera, tranquiliza por su control sobre la magia. Las grandes divinidades que asumían estas funciones, como Hera o Artemisa, se hallaban cargadas de honor y majestad y resultaban demasiado lejanas para el menester diario.



Hécate.

Hestia.



Serpiente.

No obstante, es de extrañar la presente contradicción entre, por un lado, los numerosos ritos de fecundidad que acompañan al matrimonio y a la mayor parte de las grandes fiestas del año y, por otro, el temor, alguna vez manifestado por el mismo Hesíodo, a tener más hijos de los que el oikos pueda soportar. La asociación permanente entre la fecundidad femenina y la fertilidad del suelo da parte de la explicación. El temor básico es el de la ausencia de un heredero varón, el único que puede asegurar el culto y, en particular, el de los difuntos de la familia. La colectividad entera, por lo demás, se ve implicada, ya que en la Atenas clásica, según cuenta Jenofonte, un hombre que no se ocupa de las tumbas de sus parientes muertos no puede ser magistrado. Este vínculo familiar creado por los antepasados muertos fue tan vivaz que, hacia el siglo IV a. C., incluso se impuso a los hermanos que vivían separados el reunirse para este culto y el encargo recíproco de perpetuar los lares respectivos.

El culto familiar se prolongaba a través del de las agrupaciones de familias, las *fratrías*: el banquete derivado del sacrificio ofrecido por un recién casado o un padre reciente reunía normalmente a sus miembros, y juntos invocaban sobre su grupo la protección de Zeus, de Atenea o de Apolo para, en el tercer día de las *Apaturias*, señalar la recepción de los hijos legítimos nacidos durante el año.

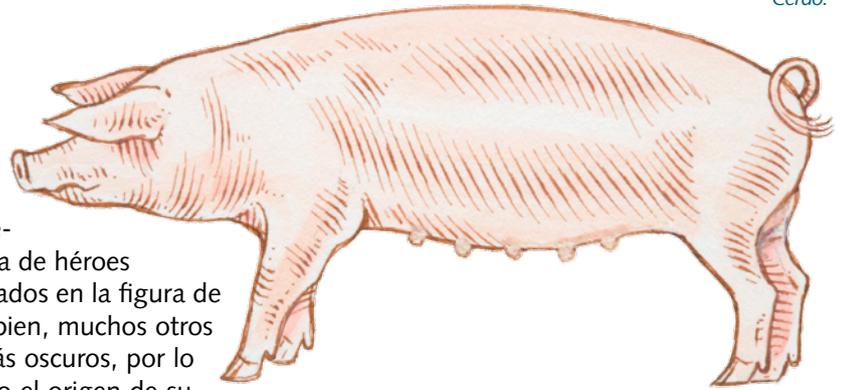
*Fertilidad de la tierra.*

Cultos heroicos

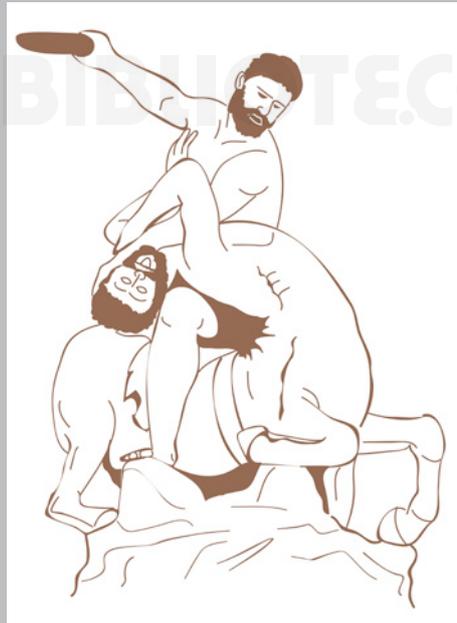
Puede que los héroes tuvieran un papel tan importante como el de los dioses. No obstante, no tenían derecho a grandes templos sino que estaban vinculados al mundo de los muertos, el reino de Hades, ubicado en las profundidades de la tierra. Como tales, a menudo eran confundidos con las divinidades ctónicas, aunque servían de intermediarios para atraer sobre los hombres la benevolencia de los poderes infernales, de las fuerzas fecundantes y del conjunto de los dioses. Su protección, sin embargo, actuaba sobre un área reducida, sea local, familiar o tribal. Fácilmente se hacía de ellos antepasados míticos, grandes figuras políticas (Teseo) o matadores de monstruos y otros enemigos de los hombres civilizados (Heracles, Teseo), benefactores de la humanidad que le enseñaron a hacer fuego (Prometeo) o cultivar el trigo (Neoptólemo).



Cerdo.



Aún con más frecuencia se trataba de héroes sanadores, unificados en la figura de Asclepio. Ahora bien, muchos otros eran un tanto más oscuros, por lo que se ha perdido el origen de su culto. Así, se les dedicaban muchos altares un poco por todas partes o se les excavaban fosas en las que se celebraba un culto orientado hacia tierra, con cánticos y bailes juveniles y concursos de toda clase, tal como lo ejemplifican los juegos en honor de Patroclo en el canto XXIII de la Iliada, o en honor de Adraste, en Sicilia. De esta manera, existían dos mundos divinos claramente diferenciados: el de los Olímpicos y el de los Ctónicos, que incluía a los héroes.



Guardianes de Hades, Heracles peleando con Centaurus y Hades sosteniendo su tridente.



Con todo, su encuentro acaece en el plano de la vegetación que extrae su fuerza del mundo subterráneo, pero que se expande y madura a la luz. Un mito entonces explica en particular este vínculo: Perséfone, hija de Deméter, tras la trilla de los cereales, baja, en verano, para reunirse con su esposo infernal Hades, quien la había raptado y la llevó con él luego de encontrarla recogiendo flores inocentemente junto con algunas ninfas. Allí la espera un ambiente rico en silos excavados en el suelo o en tinajas semihundidas en el suelo, llenas con la nueva cosecha. Posteriormente, vuelve junto a su madre en octubre, para asistir a la siembra y reposición de la vegetación. El regreso está señalado por la fiesta de las Tesmoforias, universal en el mundo griego pero particularmente bien conocida en el caso de Atenas, donde está reservada a las mujeres casadas, únicas portadoras de fecundidad.

La participación de los ciudadanos es tanto más profunda por cuanto que ellos mismos son los actores, colaborando en los coros satíricos o trágicos, en las carreras, en las danzas y en los concursos de toda especie.



En ese momento se sacan de las fosas los restos de los cerdos sacrificados en honor a Eubuleo que, mezclados con la simiente del cereal, garantizarán la fertilidad de éste. Un día de luto de las mujeres, retiradas en cabañas, conmemora el duelo de Deméter ante el rapto de su hija, mientras que, por el contrario, la gran fiesta del tercer día celebra el retorno de Perséfone y el anuncio de la generación remozada. Con todo, esto no es sino un ejemplo entre las innumerables ceremonias destinadas a preservar la fertilidad del suelo, por lo que el notable predominio de los cultos agrarios sobre cualquier otro evoca, aún más que las bases rurales de la Ciudad, la ansiedad permanente por la carestía.

El culto en la ciudad

La Ciudad es el marco fundamental en el que se desarrollan las grandes manifestaciones religiosas. De hecho, ciertos magistrados tienen particularmente a su cargo estas tareas. Así, las procesiones unen entre sí los distintos puntos del territorio. Además, es la Ciudad quien fija el calendario de las fiestas. Por ello, les procura soporte material y vela por su financiación, imponiendo, en ciertos casos, "liturgias" a los ciudadanos más ricos. La participación de los ciudadanos es tanto más profunda por cuanto que ellos mismos son los actores, colaborando en los coros satíricos o trágicos, en las carreras, en las danzas y en los concursos de toda especie. El espíritu agonal propio se mantiene, pero la competición, de hecho, opone a los grupos constitutivos de la Ciudad en concursos que van desde los más arcaicos a los más evolucionados. Los beneficios de la fiesta se traducen en un festín en comunión, en el que cada cual tiene su parte de carne.



Acrópolis de Atenas.

La implicación de la Ciudad es aún más clara cuando se trata de los ritos de tránsito o pasaje y de la integración de los jóvenes efebos. De hecho, el historiador y antropólogo Angelo Brelich demostró que muchas guerras fronterizas arcaicas pudieron ser una forma de iniciación efébrica en forma de competición. Así, los textos atenienses del siglo IV a. C. atestiguan la antigüedad de los santuarios cuya ruta debían por entonces hacer los jóvenes. En cambio, en Esparta, los ritos de flagelación en el altar de Artemisa respondían a antiguas costumbres.

La Ciudad, por corporaciones, acompañaba al peplo, amplio vestido sin mangas bordado durante meses por las ergastinas, elegidas de entre las mejores familias de Atenas.



Más espectacular es la creación de una especie de culto político y patriótico. Ya Hestia, la diosa de la cocina, era objeto de diaria veneración y toda actividad política era acompañada con una oración o una ofrenda. Sin embargo, además, solemnes regocijos señalaban la festividad de la deidad que tenía bajo su protección particular a la Ciudad. Por ello, sabemos que Pisístrato, hacia el 566 a. C., reorganizó en Atenas la fiesta de las Panateneas dándola cada cuatro años un lustre que la llevaría a rivalizar con las grandes manifestaciones panhelénicas. Tras una vigilia nocturna con una carrera de antorchas y danzas y cánticos de coros, se organizaba la procesión que, desde la salida del sol, salía de la puerta del cementerio de Dípilon y, por el dromos llegaba a la Acrópolis. La Ciudad, por corporaciones, acompañaba al peplo, amplio vestido sin mangas bordado durante meses por las ergastinas, elegidas de entre las mejores familias de Atenas. De esta manera, Frídiades inmortalizó, entre los años 447 y 438 a. C., esta procesión esculpiéndola en el friso jónico del Partenón, reproduciendo magistralmente el mismo orden de su desfile real, midiendo 160 metros y contando con más de 350 figuras. Sacrificios varios, incluida una gigantesca hecatombe, permitían así alimentar a la población. La fiesta se desarrollaba entonces entre competiciones que se quisieron abiertas a todos los griegos, donde los vencedores eran recompensados con ánforas panteaicas llenas con el aceite sagrado de la diosa.



Ciudad de Delfos.



Corona de laurel.

Ahora bien, las competiciones atléticas, musicales, coreográficas o poéticas de que se enorgullecían las fiestas locales fueron eclipsadas en su celebridad por otros grandes juegos en los que se enfrentaban competidores llegados de todo el mundo griego: eran las llamadas fiestas panhelénicas, de las cuales se consideraban las más importantes las que tenían lugar en Olimpia, Nemea, el Istmo y Delfos. Así, se proclamaba la tregua sagrada, para que cualquiera pudiese acudir sin peligro a la "panegiria". Durante varios días, los atletas competían en la carrera, en lanzamiento de disco y jabalina, en boxeo, en lucha y, luego, en el pancracio y en las careras de carros. El éxito se premiaba tan sólo con corona de laurel o de olivo, pero la fama ganada y la gloria que recaía en la Ciudad del vencedor incitaban a los competidores a una dura pugna. Por ejemplo, poseer un tiro ganador proporcionaba a un aristócrata un prestigio renovado.

Así las cosas, bien como concurso organizado, bien como mero complemento de los juegos, había también declamaciones poéticas y actuaciones de músicos que tocaban, cantaban o hacían bailar. Toda una multitud se reunía en torno al santuario, en un campamento que durante largo tiempo fue improvisado, teniendo ocasión de intercambiar ideas, informaciones y mercancías. No había en ello nada profano ya que, al igual que los juegos funerarios, también se ofrendaban a los dioses.



Actual ciudad de Atenas.

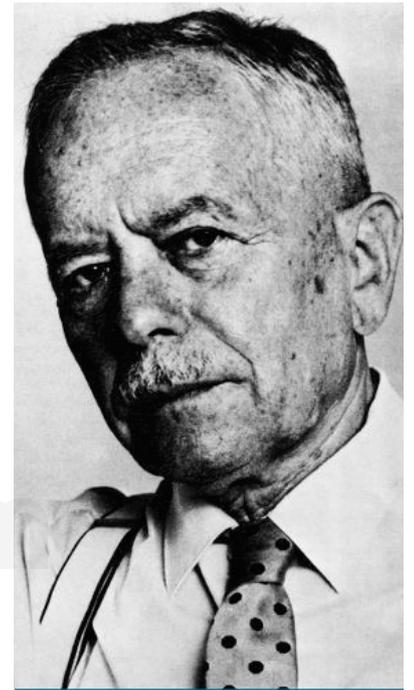
Al admitirse que eran múltiples los signos mediante los cuales los dioses se dirigían a los humanos, a éstos les tocaba estar atentos a ellos y aprender a interpretarlos.



De hecho, la totalidad de la manifestación era religiosa y los dioses que poblaban los santuarios recibían abundantemente sacrificios, ofrendas y plegarias. Quizá en ellos los griegos adquiriesen una cierta conciencia de unidad. Por ello, se comprende que el control sobre tales lugares de reunión fuese duramente disputado, generando frecuentes guerras. De esta manera, en Delfos, en el siglo VI a. C., se adoptó una solución de compromiso: la Ciudad de Delfos se hizo cargo del oráculo, mientras que la anficiónía, liga religiosa que agrupaba doce pueblos, casi todos de la Grecia central, en cambio, se ocupaba del santuario.

Oráculos, misticismo y cultos místéricos

Cierto número de santuarios obtenían también su fama por su función oracular. Al admitirse que eran múltiples los signos mediante los cuales los dioses se dirigían a los humanos, a éstos les tocaba estar atentos a ellos y aprender a interpretarlos. Todo sorteo dependía de la fe en la decisión divina mientras que el vuelo de las aves, las entrañas de las víctimas sacrificadas o el ruido del viento entre las hojas eran otras manifestaciones divinas. Aún más, la adivinación inspirada hacía acudir a Ciudades, reyes y particulares. Así, desde Jonia hasta Cumas, en la Magna Grecia, eran muchos los centros en donde los dioses contestaban, en el que las Sibilas profetizaban. Sin discusión alguna, el más célebre era el oráculo de Delfos, consagrado principalmente a Apolo, y situado al pie del monte Parnaso, en medio de las montañas de la Fócida, a 700 m sobre el nivel del mar y a 9,5 km de distancia del golfo de Corinto.



Angelo Brelich.



Delfos, monte Parnaso.

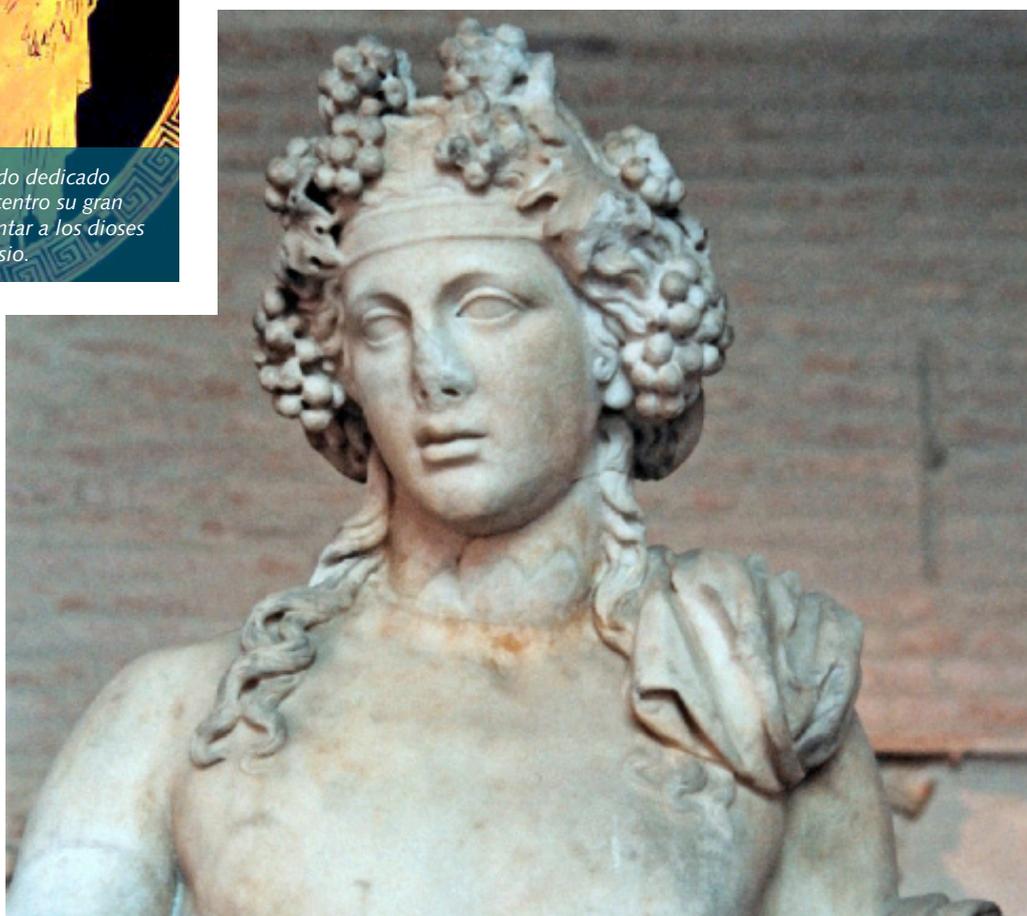


El procedimiento favorito era la consulta a través de la Pitia. Tras haber cumplido con las formalidades preliminares, como las purificaciones, consagraciones y sacrificios, y de asegurarse de que el dios consentía en escuchar, quien consultaba era llevado al fondo del templo, el ádyton, en donde se encontraba la Pitia, sobre un trípode que cubría la fosa oracular. Designada sin otra exigencia que la de la castidad absoluta y unas costumbres irreprochables, la Pitia era una mujer delfia que se consagraba de por vida al oráculo. La pregunta planteada era, por lo general, una alternativa. La Pitia, inspirada por el pneuma divino que la poseía gracias a la abertura del suelo, era presa de manía, de entusiasmo y entonces el dios se expresaba por su boca.



El oráculo de Delfos fue un gran recinto sagrado dedicado principalmente al dios Apolo que tenía en el centro su gran templo, al que acudían los griegos para preguntar a los dioses sobre cuestiones inquietantes. Derecha: Dionisio.

Ahora bien, uno de los enigmas con el que se enfrentan los estudiosos del tema es el gran número de aciertos que pudo haber tenido el oráculo. No obstante, la fe en él era total, incluso si se equivocaba, porque en ese caso se decía que el fallo era la interpretación de lo dicho y no del oráculo en sí. De hecho, durante siglos ha corrido una leyenda en forma de verdad histórica acerca del oráculo y el estado de la Pitia. Dicha leyenda comenzó a difundirse a partir de los siglos III y IV d. C. Eran tiempos en que la época de la Grecia clásica se veía como un acérrimo paganismo al que había que ridiculizar, por lo que, de esta manera, autores cristianos como Orígenes y San Juan Crisóstomo describían sobre este rito algo que a través de los siglos tuvo siempre mucho éxito:

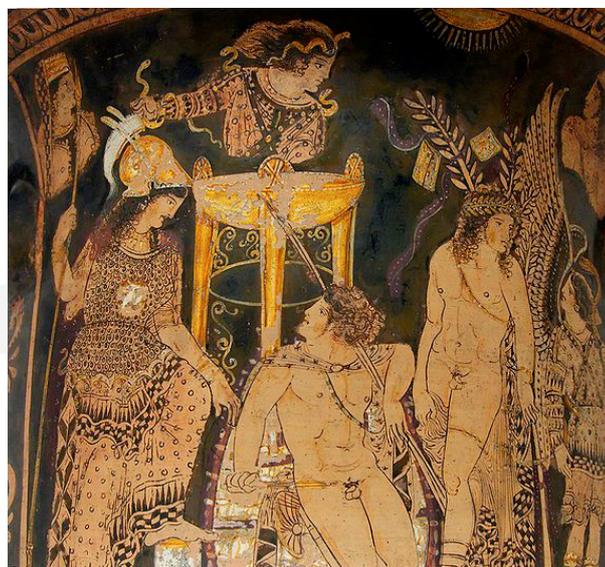


En la Orestíada la trilogía de obras dramáticas de la Grecia Antigua escrita por Esquilo, Apolo purifica a Orestes, pero, igualmente, le obliga a comparecer ante el tribunal humano creado a tal efecto, el cual, rechazando la ley de venganza familiar, imponer el descargo exigido por la razón.



El trípode de la Pitonisa o Pitia se hallaba sobre una grieta muy profunda de la roca. Por esa grieta emanaban unos gases tóxicos que hacían que la mujer entrara rápidamente en un estado de embriaguez y desesperación, es decir entraba en trance, desgreñada, y arrojando espuma por la boca. Además masticaba hojas de laurel, lo que ayudaba a alcanzar ese estado psicossomático.

Con todo, lo cierto es que no se ha encontrado hasta el momento ninguna descripción sobre el momento del oráculo en los escritores griegos o latinos. Ningún autor pagano ha descrito nunca una escena de consulta, ni siquiera Plutarco en su obra Diálogos píticos. De hecho, se ha discutido sobre la autenticidad de algunos oráculos, se ha glosado la ambigüedad de las respuestas, que permitía siempre dejar a salvo la reputación del dios, y se le ha acusado de favorecer a ciertas potencias políticas. Aprovechando la audiencia de Apolo, entonces se le hizo intervenir en períodos de conflictos o alteraciones para ayudar a encontrar soluciones arbitradas, calmar las oposiciones o regular las relaciones, logrando muchas instituciones políticas y judiciales recibir su paternidad. En la Orestíada, por ejemplo, la trilogía de obras dramáticas de la

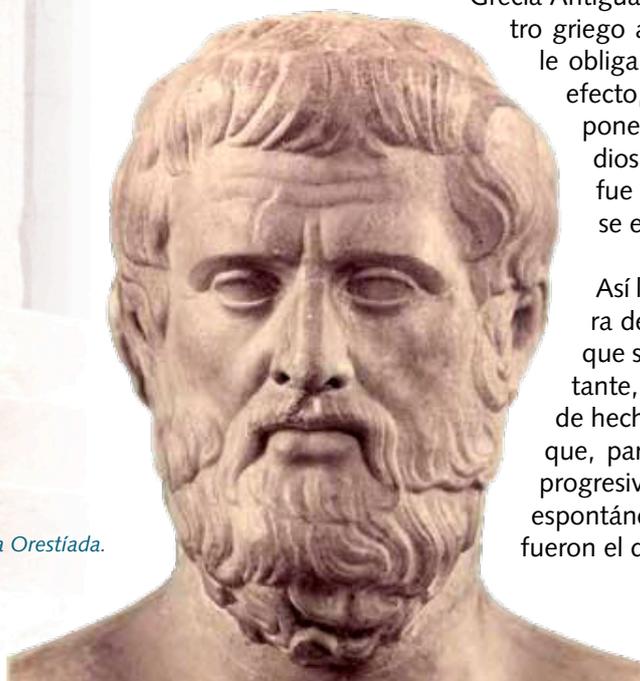


Orestes en Delfos; crátera con figuras rojas, ca. 330 a. C.

Grecia Antigua escrita por Esquilo, la única que se conserva del teatro griego antiguo, Apolo purifica a Orestes, pero, igualmente, le obliga a comparecer ante el tribunal humano creado a tal efecto, el cual, rechazando la ley de venganza familiar, imponer el descargo exigido por la razón. Por este motivo, el dios de Delfos, caso extraordinario en la religión griega, fue propagandista de aforismos morales cuya influencia se extenderá inclusive hasta los confines de la India.

Así las cosas, esta función legislativa, racional y civilizadora de Apolo permitió oponerlo a Dioniso, incluso una vez que se acogió en Delfos a éste y a sus celebrantes. No obstante, mejor complementarios que adversarios, simbolizan, de hecho, dos tendencias del espíritu religioso: era inevitable que, para compensar una religión oficial muy organizada y progresivamente coagulada, se desarrolle una corriente más espontánea, libre y mística, cuyas principales manifestaciones fueron el dionisismo, el orfismo y los cultos místéricos.

Esquilo autor de la Orestíada.



Dioniso aparece como un dios libertador. El mito lo muestra como un exilado, vinculado en gran parte al Próximo Oriente, y al que hace regresar triunfalmente a tierra griega acompañado por un cortejo de sátiros y ménades, músicos y bailarines.



Dioniso aparece como un dios libertador. El mito lo muestra como un exilado, vinculado en gran parte al Próximo Oriente, y al que hace regresar triunfalmente a tierra griega acompañado por un cortejo de sátiros y ménades, músicos y bailarines. Dios del vino y del deseo desbocado, se ofrece a sus fieles en forma de un poderoso animal al que éstos descuartizan y comen crudo para apropiarse de su fuerza, en un culto en el que participan, sobre todo, las mujeres. Todo el marco cívico y familiar quiebra con ocasión de estas fiestas, extraordinariamente evocadas por Eurípides en su obra póstuma. Las Bacantes: la embriaguez, física o espiritual, la alegría, el canto y la danza, la libertad sexual y el dominio femenino expresan, como un todo, una necesidad profunda de liberarse de un sistema cívico, moral y familiar en vías de organizarse con gran rigidez.



San Juan Crisóstomo.

Así, poderes autoritarios, tal como los que representan los Tiranos, intentaron captar tal corriente. Por ello, se convierten en sostenedores de Dioniso, organizan sus fiestas, se fija un calendario y se establece un programa. No obstante, si bien son fiestas de la libertad, es una libertad vigilada. Cada vez es mayor el papel de las competiciones de ditirambos, modo peculiar del culto dionisiaco del que durante largo tiempo se ha predicado, erróneamente, ser el origen de la tragedia.

Por su parte, el orfismo es una doctrina artificial, heterogénea, elaborada, básicamente, en el siglo VI a. C., relacionada con Orfeo, maestro de los encantamientos. Expresado mediante textos sagrados que constituían autoridad y de los que se hacen eco Píndaro, Empédocles y Platón, y por hojas de oro inscritas halladas en tumbas de la Italia meridional, evoca al hombre como una mezcla de naturaleza divina dionisiaca y de naturaleza terrestre titánica.



Orfeo.

Los misterios eleusinos, de más sencillo acceso para el hombre corriente y abiertos a todos los griegos, procuraban al iniciado comunicación con las grandes diosas de la tierra, Deméter y Perséfone.



Así, propone una innovadora interpretación del ser humano, compuesto de un cuerpo y un alma, un alma indestructible que sobrevive y recibe premios o castigos más allá de la muerte. Para los órficos el alma tiene carácter esencial, lo que el iniciado debe cuidar siempre y esforzarse en mantener pura para su salvación. El cuerpo es un mero vestido, un habitáculo temporal, una prisión o incluso una tumba para el alma, que en la muerte se desprende de esa envoltura terrenal y va al más allá a recibir sus premios o sus castigos, que pueden incluir algunas reencarnaciones o metempsicosis en otros cuerpos, no sólo humanos. Mediante permanentes esfuerzos de pureza y mediante participación en iniciaciones y comuniones, el hombre entonces podía disminuir el número de las reencarnaciones por las que ha de pasar antes de alcanzar el estado órfico. Así, el alma liberada de su prisión corporal se confundirá con el espíritu divino. No obstante, la complejidad filosófica del sistema lo hizo poco apto para generar un culto muy popular, por lo que, si bien ofrecía una compensación a las víctimas de la injusticia del mundo, rompía radicalmente con hábitos que parecían profundamente arraigados, tales como el sacrificio cruento y comulgatorio.



Hombre griego.

Por su parte, los misterios eleusinos, de más sencillo acceso para el hombre corriente y abiertos a todos los griegos, procuraban al iniciado comunicación con las grandes diosas de la tierra, Deméter y Perséfone. Probablemente se obtuviese de ellas un viático para el más allá. La iniciación constaba de tres etapas: Misterios Menores en Agras, en primavera, si bien la fecha exacta no siempre era fija y cambiaba ocasionalmente, y los Misterios Mayores, entre septiembre y octubre, cuyo primer acto era el traslado de los objetos sagrados desde Eleusis hasta el Eleusinion, un templo en la base de la Acrópolis de Atenas.

Los preparativos, en cambio, se hacían entre el 13 y el 20 de Boedromion (el primer mes del calendario ático), y la iniciación del 20 al 23. Por lo demás, sabemos un poco acerca de las ceremonias previas: procesión, sacrificios, consumo de productos de la tierra, manejo de objetos y dramas místicos simbólicos. Ahora bien, la obligación de secreto se respetó tan escrupulosamente que no sabemos nada acerca de la última fase o epopteia, la cual parece provocaba una especie de éxtasis contemplativo. El iniciado así entraba personalmente en relación con la divinidad y recibía la promesa de felicidad. Da la impresión de que estas ceremonias incitaban al participante a sobreponerse a la angustia de la muerte mediante la convicción de haberse integrado en una cadena de vida.

Todas las fiestas contribuían a exaltar tanto los sentimientos religiosos como el patriotismo, la fe en los dioses y el orgullo nacional, donde sólo la guerra podía interrumpir el ciclo de estas grandes reuniones periódicas o, al menos, disminuir su esplendor.



Orfeo y Eurídice por Federico Cervelli.

De esta manera, el hombre, a través de todas estas variadas formas con que se reviste la piedad griega, encuentra en la religión un sostén para su vida personal y política e, incluso, para sus necesidades místicas y sus angustias. Acaso nada mejor para mostrar esa permanencia de la presencia religiosa que el calendario de las principales fiestas atenienses, en donde se unían viejos ritos con celebraciones más modernas. Todas las fiestas contribuían a exaltar tanto los sentimientos religiosos como el patriotismo, la fe en los dioses y el orgullo nacional, donde sólo la guerra podía interrumpir el ciclo de estas grandes reuniones periódicas o, al menos, disminuir su esplendor.